

*Homilía de D. Bernardo Torres Escudero,  
Juez Delegado de la Causa de Canonización  
de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús,  
en el 8º aniversario de su fallecimiento  
03 - 08 - 2012*

Queridos hermanos:

Agradezco en primer lugar a la comunidad la invitación que me hizo para estar presidiendo esta celebración. Cómo no agradecer también la presencia de los hermanos Sacerdotes, de los seminaristas que también acompañan y de todos los que esta tarde hemos querido reunirnos aquí en la Eucaristía, sentirnos congregados por Jesucristo para celebrar el acontecimiento de la vida. El paso desde la muerte no es al vacío, al sin sentido, sino que es a la vida gozosa junto al Padre. Por lo tanto siempre es motivo de gozo que nos llena, desde la esperanza, de una ilusión, nos da una vida profunda interior. Y desde luego la Madre Mercedes desde arriba ha de gozarse en que estemos aquí congregados en esta su casa y con esta comunidad, por la que tanto luchó, por la que tanto fue el afán, la inquietud de su vida.

Podemos decir que su gran deseo está cumplido. Ella quería profundizar en el carisma fundacional. Sentía que era un deber suyo ahondar ahí en la fidelidad a lo que el Concilio Vaticano II nos pedía esa vuelta a los orígenes.

El carisma fundacional que es algo eminentemente dinámico, que es fruto del Espíritu y que para conocerlo mejor, hemos de ahondar siempre en las raíces, en el origen, mirar a los fundadores, en este caso a la Madre Fundadora Santa Beatriz de Silva. No podemos olvidar que todo carisma tiene mucho de profético, porque quiere ir adelantando aquí y ahora en la tierra, algo que es signo de lo definitivo, del reino. No podemos olvidar también que, sin embargo el carisma entra en la cultura y va teniendo muchas adherencias históricas que en un momento determinado, lo cubren como de un barniz que nos hace olvidar lo original, el trasfondo del cuadro. Es como aquel cuadro que los malos restauradores han ido dándole distintas capas sin limpiar y que en un momento determinado ya no se sabe qué es lo original del cuadro y cuáles son las manos añadidas. Pues la Madre Mercedes tuvo la inquietud de ver como buena restauradora y limpiar esas capas de barniz que se habían ido añadiendo para ir al origen, ir a lo fundamental, a lo que Santa Beatriz en su momento determinado quiso. Y Santa Beatriz lo que veía es que toda su vida, toda su obra, todo su ser estaba vinculado a María y a María en su Inmaculada Concepción, a María limpia del pecado original en su concepción santísima. Beatriz así acoge a Dios en su alma, aborreciendo el pecado, adhiriéndose totalmente a la virtud y dejando que se encarne el carisma en su alma. Así comenzó esta obra.

Y por medio de María, Beatriz conoció también el designio de Dios sobre ella y en la luz de Dios descubrió la significación de su tiempo respecto de la Inmaculada. En la visión que venimos comentando, de la contemplación de la Madre pasa al Hijo y del Hijo a la Madre. Lo hemos escuchado en el Evangelio: “Tu madre y tus hermanos...” Esa relación

profunda. Pero más profunda aún la respuesta: “Mi madre y mis hermanos son aquéllos que en verdad acogen y cumplen la Palabra de Dios”, hacen vida la Palabra de Dios.

En el Hijo reconoce el origen de la santidad, y en la Madre la santidad del pensamiento creacional de Dios sobre el hombre. Cómo nos ha creado en el Hijo, hemos sido hechos hijos en el Hijo y cómo hemos sido salvados y somos salvados por el Hijo, por Jesucristo. Y en ella, en la que de un modo especial por gracia singular fue preservada del pecado del origen, siente la llamada de toda la humanidad también a ser liberada del pecado, de todo lo que nos ata, esclaviza y nos hunde en las raíces del mal. Dios el propósito que tiene para nosotros es de gracia, es de vida, es de salvación. Y éste es el sentido redentor de la muerte de Cristo.

Pues... ¿saben de quiénes son estas palabras, salvo algún añadido que yo voy poniendo? De la Madre Mercedes. Lo estoy leyendo casi literal. De la Madre Mercedes, de una gran ponencia que tuvo presentando lo que era la renovación de la Orden de la Inmaculada Concepción.

Un carisma además que se concreta en una forma de seguir a Cristo con María.

“Consagradas al servicio de Dios y de la Bienaventurada Virgen María en el misterio de su santidad original, con María, unimos nuestra consagración a la de Cristo, el ‘Consagrado del Padre’ y Redentor del hombre, el cual, entraña en su Ser la misma santidad del Padre y el comienzo de la nueva creación, la ‘del hombre renovado o creado en santidad y justicia’, peculiaridad propia de nuestra espiritualidad concepcionista”.

Si es que se trata de volver al origen, se trata de volver a sentirnos recreados por Dios. Es lo que Dios hace cada vez que nos libera del pecado con la gracia, nos llena de su perdón, de su misericordia. Si es lo que Dios quiere, que vivamos así en la santidad. Y esta Consagración es lo propio, lo peculiar de la Orden Concepcionista, de las que están vinculadas de modo especial a ese misterio de María en su Inmaculada Concepción.

¿Saben que era lo que he leído? El artículo 15 de los Estatutos, para que vayamos ahondando en lo que es lo propio y específico, y lo que la Madre Mercedes ha querido vivir a lo largo de su vida y que desde ahí vivan también sus hermanas.

Dice: “Y lo hacemos atraídas por la esplendorosa santidad de María Inmaculada, ‘en una vida escondida con Cristo en Dios’ a ejemplo de nuestra Madre Santa Beatriz de Silva, ‘buscando y amando a Dios sobre todas las cosas’. Y para que consigamos la eficacia de esta consagración concepcionista en beneficio propio y de todos los hombres y así logremos la realización de nuestra llamada de plano a la santidad, es fundamental que pensemos asiduamente y nos convenzamos de que restauramos en la propia vida la santidad original, en la medida en que nos dejamos penetrar por la redención de Cristo o penetramos en ella viviéndola”. – Es decir, dejarnos inundar por Cristo en su misterio redentor. Y esto es lo que nos restaura, esto es lo que nos redime, esto es lo que nos hace volver al origen, a ese origen creacional sin el pecado. Esto supone un vaciamiento de nosotros, un dejar que sea Él quien nos llene profundamente. –

“María Santísima, nueva Eva Inmaculada y Madre nuestra, con su santidad original y con su vida, nos introduce en el espíritu de inmolación redentora de la Iglesia. Con ella nos asociamos a su Hijo redentor en la regeneración de los hombres, e inmolamos nuestro ser en un despojo como el suyo. A ella acudimos para mejor responder a las exigencias de nuestra consagración concepcionista, que es, vivir de modo peculiar las características de su santidad original, a fin de recabar del Señor las gracias que necesitamos y necesitan nuestros hermanos

que luchan en el mundo para vivir del modo más perfecto posible la santidad del pensamiento creador de Dios sobre el hombre”.

El hecho creador tiene gran importancia en la Madre Mercedes. El pecado es el que lo rompe todo, por ello María tiene aún más importancia para nosotros, porque es la sin pecado y lo que se trata es que de nosotros, teniendo como modelo a María, contando con la gracia redentora de Cristo, vayamos, caminemos al estado original. Aquí en esta historia nos sentimos recreados por Cristo de nuevo.

*Notas específicas del carisma:*

**La obediencia consagrada, el espíritu filial...** Y ¡qué bien lo vivió la Madre Mercedes esta obediencia consagrada! Incluso en los momentos de dificultad, en los momentos en los que era difícil obedecer. Ella, sin embargo, siempre fiel a la Iglesia y a sus pastores.

**La castidad como amor consagrado.** No es un voto sin más. Es la consagración del corazón, de todo el ser, de toda el alma a Dios Padre en Cristo por María y movidos por el Espíritu. Es el despojarse uno de sí mismo para dejarse llenar en plenitud por Dios y... ¡qué bien lo vivió la Madre Mercedes! Con qué pureza en todo momento cuentan aquellos que la conocieron, que intensamente desdeñaba todo lo que pudiera ser signos del pecado.

**La pobreza como despojo concepcionista.** Y ¡qué bien también lo vivió la Madre Mercedes! Siendo pobre, viviendo pobre en todo momento y ejerciendo la caridad con los pobres.

**La clausura como oblación claustral,** que no es un encerrarse y alejarse del mundo, sino un estar en el mundo sin ser del mundo, sin confundirse con el mundo. Es encontrar el espacio de paz, de silencio para que esa entrega pueda ser en totalidad y en plenitud del corazón, sin nada que distraiga la atención.

**La oblación** – propio del carisma – **a María Inmaculada,** con *la humildad sincera.* Y ¡qué bien lo vivió la Madre Mercedes humilde siempre según cuentan las mismas hermanas en todo momento! Capaz de ser sencilla, de corregir fraternalmente, de aceptar los últimos trabajos, aquéllos que pudieran resultar más incómodos; *la vivencia del espíritu redentor del Hijo,* en esa oblación a María; es vivir entregados a María en el Hijo y en el Hijo por María, esa relación profunda; *la docilidad a la Palabra divina,* centro, como no: la lectio divina, la liturgia de las horas, la oración, la proclamación de la Palabra que se hace escucha, que penetra el fondo del corazón.

**La misión eclesial.** Es importante que destaquemos esto. No olvidéis, queridas hermanas, que estáis en la Iglesia y aquí en la Iglesia diocesana de Ciudad Real. Por lo tanto tenéis una relación profunda con vuestro pastor que es el Obispo, en este caso D. Antonio. No olvidéis nunca esto. No olvidéis que en todo, vuestra fidelidad a la Iglesia diocesana, ha de ser también un motor en vuestra vida.

Y todo esto ¿cómo se vive? Con los medios necesarios como es *el deseo de Dios,* el tener hambre de Dios, que es lo que tiene que enmarcar el corazón de todo consagrado y de toda persona cristiana: tener hambre de Dios. Los medios necesarios son *la oración,* que ha de cuidarse intensamente cada día más; *la celebración de la Eucaristía* como centro, fuente y culmen de toda la vida cristiana; *la lectio divina; el silencio...* ¡tantos ruidos tenemos que nos distraen de lo más fundamental, de lo más importante! No solamente los ruidos externos, sino a veces los ruidos internos que hay dentro de nosotros y que son esos pequeños demonios

que hay por dentro, que nos distraen de lo que realmente debería ser lo fundamental en nuestra existencia: apetencias, deseos, inquietudes, falsos ídolos que nos creamos; *la penitencia*, y ¡qué bien la vivió también la Madre Mercedes! ¡Con cuánto sacrificio, con cuánta entrega, con cuánta resignación, con cuánta paz interior afrontó los momentos también de la enfermedad dolorosa!; *la fraternidad comunitaria*, es importante que lo tengamos siempre presente: *Tratando a las hermanas con respeto*, en esto se concreta. ¡Cómo lo hacía ella! *No hablando de las propias excelencias, recibiendo las correcciones con dulzura...* ¡y qué bien lo sabía hacer ella!, *venerando interiormente, con unción, las virtudes ocultas de las hermanas, prestando servicios humildes a las hermanas sin darlos a conocer, honrando a las hermanas con la palabra y las obras, disculpando los fallos, escuchándonos mutuamente sin interrumpirnos, advirtiéndonos con humildad las deficiencias y acogiéndonas con agradecimiento, acogiéndonos mutuamente, sin diferencia de edad, manteniendo con humildad las costumbres del Monasterio, observando humildemente el horario conventual...* (Todo esto está tomado de los Estatutos y es que os lo estoy recordando. Los leéis todos los días o por lo menos los vais recordando de vez en cuando, pero no lo olvidéis porque esto es lo que la Madre Mercedes quiso que vivierais para que en verdad la comunidad fuera signo de fraternidad, de comunión en Cristo y de comunión con la Iglesia).

**El trabajo.** Y aquí también entran los benedictinos: “Ora et labora”. Orar a Dios pero con el trabajo de cada día hecho alabanza también. Y **el uso y administración de los bienes.**

Y un elogio de la Madre Abadesa, que lo tenéis también en los Estatutos, en lo que debe ser la Madre Abadesa. Dice:

“La Monja que de entre sus Hermanas ha sido elegida por ellas para acercarles la voluntad de Dios y servirles con amor y fortaleza ha de trabajar por ser digna con su porte, sus palabras y sus obras ante las Hermanas y ante los que visitan el Monasterio, a quien representa; respetuosa con todos; - la Madre María también lo sabe hacer y se lo recordamos a ella también que esto ha de vivirlo intensamente - humilde ante Dios y ante los demás; madre entrañable con todas; exigente con ella misma; modelo de observancia”.

Pues yo creo que esto nos viene bien también a nosotros, cada cual a nuestro nivel, vivido intensamente ahí en lo que es ser fiel a este carisma, vivido a nuestro modo, en lo que es lo común de cada uno de los cristianos, o vivido en el ministerio sacerdotal, en esa consagración también a Cristo por María, en esa identificación con Cristo Pastor, que es lo propio del ministerio sacerdotal.

Pues, ánimo y adelante. Perdonadme, me he alargado un poquito pero merecía la ocasión.

**D. Bernardo Torres Escudero**  
**Juez Delegado de la Causa de Canonización de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús**